

por los valores espirituales que alumbran desde su cúspide, relacionados con el arte, la metafísica, la fiesta, la religión, y, sobre todo, el fascinante *dolce far niente*. De ahí nuestra díscola aversión por todas las prosaicas actividades comerciales, de ahí que ningún ministro de hacienda pueda lucirse en Chile, de ahí que nuestra juventud sepa más de Existencialismo que de riego mecánico; de ahí, en suma, que, a cambio de nuestro crecido déficit de divisas, tengamos una Mistral, un Neruda, un Asenjo, un Arrau y aun otros valores de parecida jerarquía.

Esta es la realidad idiosincrásica del pueblo chileno, querámoslo o no. Y el deber de los intelectuales que se interesan por su destino es ofrecer soluciones que no vayan muy a contrapelo de ella. Ahora, al cabo de 44 años, y gracias a la Editorial Universitaria, vuelve a oírse la voz patriótica de don Francisco A. Encina induciéndonos a que nos consagremos a un tipo de actividades que, racialmente, no van con nosotros. Y esta recomendación, cuya impracticabilidad sólo es comparable a la buena fe con que ha sido dada, por reacción nos hace recordar, en nuestro carácter de chilenos natos, una sentencia de José Ortega y Gasset que, con todo lo injusta y hasta insolente que sea, traduce fielmente nuestro punto de vista en estas materias: "El comerciante es un tipo de hombre inferior".—*Edmundo Concha*.



<https://doi.org/10.29393/At361-362-79RADC10079>

"REGAZO AMARGO", de *Luis Merino Reyes*. Zig-Zag, 1955

Merino Reyes no me parece un hombre fácilmente clasificable. No creo que sea un ser sencillo —en la acepción de opuesto a lo complejo— y, correspondiendo a todo esto, no es tampoco un escritor común. Son mis impresiones, obtenidas de una forma un poco fugaz, a retazos, pues mi conocimiento de él sólo proviene de una amistad cultivada en torno a los asuntos literarios. Desde luego, posee una cualidad, que no habrá pasado inadvertida para los lectores de sus

crónicas, que es la de decir cosas que otros no se atreven o no alcanzan a decir. Esta cualidad es, creo yo, un don inapreciable en un escritor. Cuando se lee a Merino Reyes, se le ve aproximarse cada vez más a lo íntimo, a lo entrañablemente humano, a la confianza que desgarrar. Lo hace de una manera natural, como si descendiera una pendiente construída de antemano por él mismo. Le vemos rondar, acercarse con pulso firme a la palpitación, despreciable o no, que late bajo un personaje o una reacción. Pensamos: “no se va a atrever a decirlo, lo va a eludir o lo va a dejar así, insinuado...” Pero sí lo dice. Dice lo que quiere, incluso *la confesión inconfesable*, y tiene la habilidad de hacerlo cuando ya lo velado está maduro, cuando ya la cáscara se ha secado y deja ver el fruto escondido.

Recuerdo que, antes de que se publicara “Regazo amargo” y cuando ya había obtenido el premio que la distinguió entre 73 novelas, conversé unos minutos con Merino Reyes. Yo no había leído aún “Regazo amargo” y le pedí que me diera su impresión general. “Es una novela dura —respondió sin vacilar—, sin bruma literaria, y seguramente no agradará a primera vista...” Publiqué esta autoopinión en una revista, no dejándome de parecer singular que un autor con un premio aún tibio en las manos, profetizara tan desembazadamente sobre su obra. Poco después, la novela fué lanzada a las librerías. Lo que insinuaba el autor con aquel “no agradará a primera vista”, fué adquiriendo nitidez y sentido. Por una de mis profesiones —la de librero— disfruto de un contacto permanente y vivo con los lectores, con lo que se llama “el público”, y también con los escritores, críticos, periodistas y demás componentes de todo lo que se agita y se conmueve en torno a un libro.

Primero, leí la novela. La comencé un sábado: 10 páginas, 12, 16, y cerré el capítulo primero sin haber logrado obtener el impulso necesario para seguir. Dejé dormir el volumen una noche y reemprendí la lectura, no sin cierto recelo, al día siguiente. Ya no pude ni quise detenerme. Un interés tenso, una atracción un poco sombría y agria, me hizo continuar hasta el final. Tras la última página, pensé —sin hacer intervenir el análisis—: “me gusta”. Sentí como

si los personajes de "Regazo amargo" me hubieran impregnado de su descarnada y desvalida humanidad. Había algo en ellos que pasaba del libro a nosotros; que no se apagaba por el hecho de cerrar el volumen. La última escena, en la que el hombre y la mujer se separan, parecía adquirir una vida incluso "gráfica" y uno seguía *viendo* a Moraiba murmurando frases comunes y secas al hombre que se le iba; al que se marchaba "sin volver la vista..." Junto al corte acerado y cruel del diálogo, junto a la vida divisada por el escritor eliminando la "bruma literaria", se deslizaba, como una brisa fina, una cierta piedad. Una piedad entera, sin lágrimas, acompañada de una ternura viril, seguramente de difícil aplicación.

* * *

• Así, con estas impresiones rondándome, me dediqué a observar el desfile de la opinión de los otros. Es una experiencia curiosa y llena de sorpresas. La gente empezó a llevarse los ejemplares de "Regazo amargo" con un ritmo notable e intenso. Después, una pausa de unos días, y comienzan los juicios. Los escritores debieran permanecer largas horas en las librerías. Allí se expresan las cosas claras: allí hablan de los libros los que pagaron por ellos. No hay compromisos, ni frases dichas por delicadeza o por salir del paso. Observé que al público, al lector comun y ferviente, le "tocaba" la novela de Merino Reyes, le producía ese sutil fermento emocional que se llama "interés". No me extrañó, pues la cualidad de veracidad vital a la que aludí antes, es uno de los factores más eficaces para establecer una corriente honda y magnética entre el escritor y los lectores. Pronto comenzaron a llegar lo que yo llamo "los reincidentes", uno de los signos más claros del éxito literario. Vuelven "por otro ejemplar". No quieren desprenderse del suyo, pero desean hacer llegar la emoción que sintieron con la lectura a alguna persona próxima. En el caso de "Regazo amargo", son, casi todos, gentes de la modesta clase media, pertenecientes a las mismas muestras humanas que re-

trata la novela. Nadie de la llamada "clase alta" y sí algunos hombres y mujeres del pueblo, a los que se ve desembolsar el precio con un gesto grave, sin sonrisa.

* * *

Junto a la corriente de ejemplares que se van, junto a la muda y elocuente aprobación de "los reincidentes", comienzan a llegar las opiniones de los escritores y periodistas, de los que componen el ambiente literario. Es singular la reacción que produce en ellos la novela de Merino. Parece como si contuviera un ácido activo que no admitiera, al mezclarse con el opinante, medias tintas.

Afirman decididamente, sin vacilar: "No me gustó nada "Regazo Amargo". Otros dicen: "A mí, si me gustó". Para ser veraces, tendríamos que añadir que, en este campo, los "no" superan a los "sí", y las negativas al mérito de la novela premiada pronto deshacen el empate intelectual, que resistió apenas la primera semana.

Tal vez no esté de más insistir en que la cruda corriente vital que registra el escritor en "Regazo Amargo", produce reacciones encontradas. Desde un sentimiento de ternura y de eco con la dramática ruta de los personajes, hasta una cierta reacción indignada como si eso "no pudiera y no debiera gustar".

Sin embargo, todo esto son opiniones orales; confidenciales podría añadir. Creo que, siempre que puedan recogerse, testimonian con vehemencia la repercusión que suscita una obra. Y no son precisamente las novelas débiles y deshechas, las novelas sin vida, las que hacen saltar la chispa sagrada del desacuerdo.—*Darío Carmona.*

■

"TERESA DE LA PARRA" (clave para una interpretación), por *Ramón Díaz Sánchez*. Ediciones Garrido, Caracas, 1954. 201 páginas

El estudio de la novelista venezolana Teresa de la Parra (1890-1936), sigue apasionando a los escritores de su patria. Hay en Vene-